

dejado á mí solo olvidado en el mundo para que pueda pagar á la hija el beneficio que recibí de su padre. Así que haya cumplido con esa deuda que tengo sobre el corazón, así que yo deje á esa niña rica y feliz..., ¡tararira!., ¡que me lleven al cementerio!.. (Se dirige á pasos vivos á tomar el sombrero y los guantes.)

AMBROSIO. ¿Dónde va usted?

RAIMUNDO. ¡A mi negocio!.. (Poniéndose los guantes muy agitado y muy temblón.) Cuando se trata de impedir una picardía..., soy más listo que un muchacho de 20 años.

AMBROSIO. (Aparte.) ¡Demonio de hombre!

LUCAS. (Por el foro.) ¡Señor alcalde!.. ¡Señor alcalde!

AMBROSIO. ¿Qué es eso?

ESCENA XV

DICHOS, LUCAS

LUCAS. (Corriendo.) Señor alcalde..., ya está allí el señor cura y los mozos esperándole á usted.

AMBROSIO. Bien; allá voy... (Aparte, deteniéndose.) ¡Si dejo salir á este hombre!.. — ¡Ah! — (A Lucas.) Mira: quédate aquí; no pierdas de vista al viejo.

LUCAS. ¿Por qué?

AMBROSIO. Tiene la cabeza un poco...

LUCAS. ¿De veras?

AMBROSIO. Sí; no le dejes marchar; tú me respondes de él. (Se va por el foro.)

ESCENA XVI

D. RAIMUNDO, LUCAS

LUCAS. ¡Calla! ¡Conque es un loco!.. Por eso se me reía en mi cara, y decía...

RAIMUNDO. ¡Ea!.. ¡A buscar la contra-escritura! (Yéndose.)

LUCAS. ¡Y se va! — ¡Eh! ¡Diga usted!.. ¿Adónde se va usted?

RAIMUNDO. ¡Ah! Tú podrás decirme... Dime: ¿dónde vive ahora D. Roque Samperet?

LUCAS. ¿Samperet... el herrador?

RAIMUNDO. ¡No!, el fiel de fechos.

LUCAS. ¡Ah!.. ¿El Sr. Samperet?.. ¿El padre de Samperet?..

RAIMUNDO. Sí; ¿dónde vive?

LUCAS. ¿Dónde vive? ¡Si se murió!

RAIMUNDO. ¿Se murió? ¡Siempre me olvido de la edad que tengo! ¡No ha quedado nadie más que yo! Pero dime: ¿quién es su sucesor?

LUCAS. ¿Su sucesor?.. ¡Toma!, su hijo.

RAIMUNDO. ¿Pues no dices que es herrador?

LUCAS. Pues bien; como que es hijo..., es sucesor... y herrador.

RAIMUNDO. ¡No, hombre! Te pregunto quién ha tomado la escribanía de D. Roque después de su muerte.

LUCAS. ¡Ah!.. Nadie.

RAIMUNDO. ¿Pues dónde están sus papeles?

LUCAS. ¡Qué!.. ¡Si no quedaron papeles!

RAIMUNDO. ¿Cómo es eso? Pues cuando yo emigré del pueblo el año 23...

LUCAS. Pues por entonces fué, según me contó mi padre... Dijeron que D. Roque era negro..., y el pobre tuvo que escapar de su casa..., salvó el dinero... y algunas otras cosillas...

RAIMUNDO. ¡Es posible!..

LUCAS. Y fué, y se refugió en la iglesia..., donde parece que también estaba el cura escondido..., y allí se estuvieron los dos agazapados unos días..., hasta poder escapar. Y entretanto, la gente se fué en tropel á la escribanía..., rompieron la puerta..., sacaron todos los papeles... é hicieron con ellos una fogata en medio de la calle.

RAIMUNDO. ¿Qué dices?.. ¿Quemaron los papeles?

LUCAS. ¡Toiticos! ¡Pues si no hay nadie en el pueblo que no sepa esa historia! — ¿Qué le da á usted?

RAIMUNDO. ¡Quemados!.. (Se deja caer en el sillón junto á la mesa.)

LUCAS. ¡Calla!.. ¡Le va á entrar la locura!

RAIMUNDO. ¡Por eso hablaba con tanta insolencia ese pícaro de D. Ambrosio!.. Por eso me decía: ¡búsquela usted! — ¡Conque no hay medio de devolver sus bienes á esa niña!.. ¡No hay pruebas!.. ¡No hay más pruebas que mi palabra!.. ¡Buen negocio es mi palabra!.. Se reirán de mí..., dirán: «¡Ese viejo está loco!», como decía antes ese bribón...

LUCAS. ¡Pues es verdad!.. ¡No tiene sana la cabeza! ¡Pobre viejo!

ESCENA XVII

DICHOS, D. EDUARDO, en el jardín

RAIMUNDO. ¡Y ese D. Roque!.. salirse de su casa..., sacar el dinero... y no sacar los papeles..., siquiera los más interesantes..., las escrituras... Allí en la iglesia pudo también esconderlas, como hizo el cura. ¡Válgame Dios!.. — ¡Ah, señor D. Eduardo!

EDUARDO. Me dijo usted que quería hablarme, y vengo antes de marchar...

RAIMUNDO. ¡Marchar! ¿Y por qué se marcha usted?

EDUARDO. (Sorprendido.) ¿Por qué?

RAIMUNDO. Usted está enamorado de doña Matilde... (Extrañeza de Eduardo.) Sí, señor, yo lo sé. Hoy mismo ha pedido usted su mano.

EDUARDO. Es cierto; pero ignoraba cuando la pedí que ella amaba al hijo de don Ambrosio.

RAIMUNDO. Al hijo de D... ¿Quién le ha dicho á usted semejante cosa?

EDUARDO. El mismo D. Ambrosio.

RAIMUNDO. ¡Me lo había figurado! ¡Ese hombre miente más que la *Gaceta*!

EDUARDO. ¡Pues qué!.. Matilde...

RAIMUNDO. Mentira: no le quiere, y se ha negado á darle la mano.

EDUARDO. ¿Y á mí?

RAIMUNDO. ¿A usted?.. ¡A usted... se la daría con alma y vida!..

EDUARDO. ¿Ella se lo ha dicho á usted?

RAIMUNDO. No hace media hora.

EDUARDO. ¡Oh! En ese caso no me marchó.

RAIMUNDO. ¡Bien hecho, sí, quédese usted, quédese usted!.. Usted es joven..., tiene buenas piernas..., y me ayudará...

EDUARDO. ¿A qué?

RAIMUNDO. ¡A confundir á ese D. Ambrosio!.. ¡A volver á Matilde los bienes que le pertenecen..., y que le han robado!

EDUARDO. ¡Es posible!

RAIMUNDO. ¡Y si no, no hay boda!

EDUARDO. ¡Cómo!

RAIMUNDO. ¡Pues es claro! ¡Su tío de usted se opondrá..., porque lo que él quiere para usted es una novia con dote!.. ¡Pero lo tendrá usted!.. ¡Tendrá usted dote!.. ¡Y cosa grande!..

EDUARDO. ¡Qué me importa el dinero! ¡Lo que yo anhelo, no son los bienes, sino el cariño, el amor de Matilde!..

RAIMUNDO. Bien; pero el amor..., en llegando el mediodía, también quiere sentarse á la mesa... ¡Y saber que todo esto es suyo!.. ¡Y que lo está disfrutando ese pillastrón!..

(Óyense dentro gritos de «¡Viva el señor alcalde!» — Lucas, que al empezarse esta escena se ha puesto á pasear por el jardín, y ha estado mirando hacia la calle, viene al proscenio.)

LUCAS. ¿Oyen ustedes?..

EDUARDO. ¿Qué gritos son esos?..

LUCAS. ¡La gente que viene de la iglesia con el señor alcalde!.. ¡Esto es señal de que algo han encontrado!.. ¡Voy á ver!.. (Se va corriendo. Siguen las voces de «¡Viva el señor alcalde!» que se van aproximando.)

EDUARDO. Gritan ¡viva el señor alcalde!..

RAIMUNDO. ¡Eso es! ¡Ahora le traerán en triunfo! — Pues esos que ahora gritan son los hijos de los que fueron á quemar los papeles... ¡Salvajes!

ESCENA XVIII

DICHOS, D. AMBROSIO, LUCAS, DOÑA BALTASARA, MATILDE,
VECINOS DE AMBOS SEXOS

(Los vecinos traen en volandas al alcalde, vitoreándolo. Otros traen unos libros de parroquia, en pergamino antiguo, y varios legajos de papeles atados con balduque y con lapas de pergamino, todo lo cual colocan en las mesas. Detrás vienen los regidores del ayuntamiento con un escribano, rodeando á unos mozos que traen un cofre.)

VECINOS. ¡Ya han parecido..., ya han parecido!..

OTROS. ¡Viva el señor alcalde!..

LUCAS. ¡Todo se ha encontrado..., todo!.. ¡Viva el señor alcalde!

VECINOS. ¡Viva!..

AMBROSIO. ¡Aquí ese cofre!.. (Lo ponen en el suelo.) Vamos pronto. Alguacil: á abrir el cofre. ¡Despáchate!

LUCAS. (Abriéndolo.) Ya está... ¡Cuántos papeles!..

LOS VECINOS. ¡Viva!..

AMBROSIO. (En tono de alocución.) ¡Hijos! Después de tantos años de vanas diligencias, mi celo por vuestro bien ha obtenido de la Divina Providencia que ilumine mis sentidos y bendiga mis esfuerzos para lograr lo que mis dignos antecesores han intentado infructuosamente. ¡Dichoso yo, que he conseguido hacer este in-

signe beneficio á mis administrados! ¡Desde hoy se considera feliz... vuestro alcalde... Ambrosio Carrizo!

(Durante la alocución, Lucas, de rodillas delante del cofre, va sacando legajos que corren de mano en mano. — D. Raimundo, que está junto á la mesa de despacho, se pone los anteojos, y empieza á registrar los que llegan allí. — D. Ambrosio, terminada su arenga, toma un legajo, y se va al velador á examinarlo. Los vecinos le rodean felicitándole. A su lado están doña Baltasara, á quien también felicitan, y Matilde. Otros andan por el jardín. — D. Raimundo está aislado, sin cesar de registrar.)

RAIMUNDO. ¡No es esto!.. ¡Tampoco es esto!.. Año de 1700... ¡Esto es! (Registrando el libro.)

LUCAS. ¡Este es el último legajo!

AMBROSIO. ¡Venga!.. ¡Calla!.. ¡Escrituras!.. ¡Qué veo!..

BALTASARA. ¿Qué has hallado?

AMBROSIO. ¡Nuestro apellido!.. (Desatándolo.)

BALTASARA. ¿Nuestro apellido?..

RAIMUNDO. Aquí está! (Lee.) Año de 1746..., bauticé á un niño..., y le puse... «Raimundo Hermenegildo...» ¡Eh, eh!.. ¡Este era yo!

AMBROSIO. ¡Cómo es que se encuentran aquí papeles de la escribanía!.. Mira, hermana, mira!.. ¡El título que nos faltaba!..

BALTASARA. ¡Es posible!

RAIMUNDO. (Atendiendo.) ¡Cómo es eso!.. ¿De la escribanía?.. (Tomando varios legajos, y yendo á examinarlos.)

AMBROSIO. (Con gozo.) ¡Ibamos á perder un pleito por falta de este documento!.. ¡Aquí está!..

RAIMUNDO. (Leyendo.) «Escritura de traspaso...»

AMBROSIO. ¡Ganamos tres mil ducados de renta! (Se aumentan las felicitaciones.)

RAIMUNDO. ¡Eso es! ¡Todos los pícaros tienen fortuna!.. (Sigue examinando, y de repente hace un gesto de sorpresa.) ¡Hola!.. Aquí veo mi letra... ¡Sí, mi letra es!.. ¡Vaya, que no hacía yo mala letra entonces! (Con una exclamación.) ¡Santo Dios!.. ¡Esta es!.. ¡Aquí está!..

AMBROSIO. He ganado el pleito. Aquí tengo las pruebas.

RAIMUNDO. ¡Y yo las mías! ¡Era imposible que el bueno de D. Roque no salvase sus papeles!.. ¡Ea, ea!.. ¡Viva el señor alcalde!..

AMBROSIO. ¡Gracias, abuelito, gracias!.. ¡Ah, este es el día más dichoso de mi vida!

RAIMUNDO. Y para que nada falte á su felicidad de usted... (Tomando de la mano á D. Eduardo.), para que todos sean hoy dichosos..., le pido á usted para mi protegido la mano de la marquesita de Alfalá.

AMBROSIO. ¡Quite usted!

EDUARDO. ¿Qué dice usted?

MATILDE. Caballero..., esa broma...

RAIMUNDO. No hay aquí broma.

AMBROSIO. (A los demás.) ¡No hagan ustedes caso!.. Es un pobre viejo que tiene la cabeza...

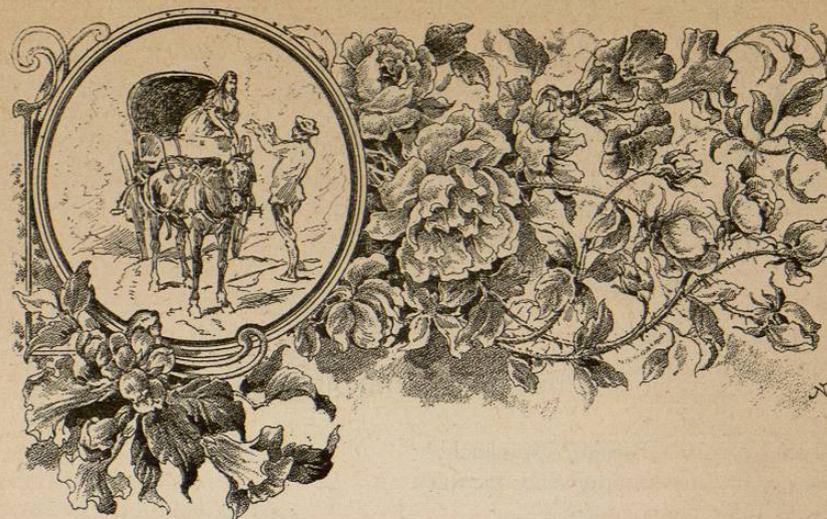
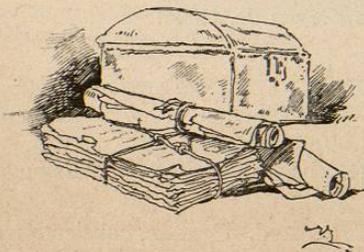
RAIMUNDO. Mejor que la de usted. ¿Conque, consiente usted, sí ó no?

EDUARDO. ¡Vamos, amigo!..

MATILDE. ¡Deje usted!..

RAIMUNDO. Niños, no os dé cuidado. (Con regocijo, guardándose en el pecho un cuaderno.) Tengo aquí el consentimiento de D. Ambrosio, firmado de su mano... ¡Eh, eh, eh!

AMBROSIO. ¿Mi consentimiento?
 RAIMUNDO. ¡Y es usted demasiado hombre de bien... (Presentándole la contra-escritura.) para negar su firma!
 AMBROSIO. ¡Cielos!... ¡La contra-escritura!
 RAIMUNDO. ¡Ahí estaba..., usted mismo la ha traído..., muchas gracias!
 AMBROSIO. (Aparte.) ¡Me he perdido!
 RAIMUNDO. (Aparte á D. Ambrosio.) ¡Si usted no me desmiente..., evitaré el escándalo! — Conque, ¿es cosa arreglada?
 AMBROSIO. (Turbado.) ¡Señor mío!..
 BALTASARA. ¡Hermano!.. ¿Consentirás?..
 RAIMUNDO. ¡Toma, y aún hará más! Como D. Ambrosio es hombre generoso..., y no gusta de hacer las cosas á medias... (A Matilde.) Le da á usted en dote, señorita, todos los bienes que le había comprado á su padre de usted.
 BALTASARA. ¡Este hombre está rematado!
 AMBROSIO. Pero señor...
 RAIMUNDO. ¿No es eso lo que dice usted aquí? ¿Quiere usted que lo lea?
 AMBROSIO. ¡No, no!.. (Aterrado.) ¡Eso es!
 EDUARDO. ¡Sr. D. Ambrosio!..
 MATILDE. ¡Tanta generosidad!.. (Se dan la mano.)
 LUCAS. ¡Qué alcalde tenemos!.. ¡Viva el señor alcalde! (Todos le vitorean.)
 RAIMUNDO. ¿Ve usted, ve usted cómo la probidad tiene su recompensa?
 AMBROSIO. ¡Sí..., es verdad!.. (Aparte.) ¡Maldita sea tu estampa!..
 RAIMUNDO. ¡Ea! Ahora entro yo: venga para mí el arrozal.
 MATILDE. ¿Qué falta le hace á usted?..
 EDUARDO. ¡Vivirá usted con nosotros!..
 MATILDE. ¡Será usted nuestro segundo padre!
 RAIMUNDO. ¡Acepto, hijos míos! — Lucas, el arrozal es para tu tío.
 LUCAS. ¡Muchas gracias!.. Viva el abuelo. (Aparte.) Ahora me alegro de haberlo preso.
 RAIMUNDO. (Loco de gozo.) ¡Tararira!.. ¡Cuando hago una buena acción siento una cosa aquí dentro, que se me figura que voy á vivir otros cien años!.. ¡Dios me los conceda..., si han de servir para hacer triunfar la verdad y la justicia!



LA SOCIEDAD DE LOS TRECE

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO, ARREGLADA AL ESPAÑOL

PERSONAS

EL MARQUÉS DE ROSENTAL. — EL CONDE HÉCTOR. — JENARO. — MATEO. — UN ESBIRRO.
 ISELA. — CALESEROS. — ESBIRROS

(La escena es en la posada de Jenaro, en las cercanías de Nápoles)

ACTO ÚNICO

El teatro representa la sala baja de una posada. Cuartos numerados á un lado y otro.
 En el fondo el vestíbulo que da vistas al campo. Mesas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

CALESEROS y paisanos napolitanos bebiendo y charlando alrededor de una mesa. —

Junto á otra distante, MATEO con aspecto triste. — JENARO en pie sirviéndolos

CALESERO 1.º ¡Por mí, más que sean trescientos!

CALESERO 2.º ¡Ya! Tú no tienes mujer, ni hermana, ni hija...

CALESERO 1.º Tengo mi madre...

CALESERO 2.º Con cien años á la cola..., seguro estás de que te la vayan á robar.

CALESERO 1.º Pues señor, dígame lo que se quiera, á mí nadie me quita de la cabeza que la que no quiere dejarse robar...

CALESERO 2.º Estás fresco. — Pregúntale, pregúntale á Mateo, (Bajando la voz.) aquel que está allí tan triste... ¡Pobrecillo!.. ¡Miradle..., miradle!.. (Todos le miran con compasión.)